

ANALES DE HISTORIA ANTIGUA, MEDIEVAL Y MODERNA

Volumen 37-38 - 2004-2005

ISSN 1514-9927

Instituto de Historia Antigua y Medieval

Facultad de Filosofía y Letras

Universidad de Buenos Aires

ROMA Y LOS LONGOBARDOS*

Stefano Gasparri

Università Ca' Foscari-Venezia

El título de este artículo, que retoma voluntariamente el de un pequeño pero importante libro de Ottorino Bertolini, es muy amplio y requiere algunas aclaraciones. En las páginas que siguen no voy a reconstruir con detalle las relaciones entre el papado y los longobardos como hicieron el mismo Bertolini y otros tantos autores antes y después de él¹. Intentaré en cambio individualizar las grandes fases de las relaciones entre Roma y los longobardos, ordenando los hechos dentro de esquemas interpretativos generales.

Otra observación preliminar: los dos elementos que componen el título de este trabajo son complejos y encierran conceptos diferentes. Examinemos primero el segundo elemento, los longobardos. Con este término indicamos realidades muy distintas según el período que tomemos en consideración. Para el período comprendido entre finales del siglo VI e inicios del VII, se debe hablar de una estirpe bárbara extraña al país invadido, Italia; naturalmente entendiendo con esta consideración no un pueblo comprendido como unidad racial cerrada, portadora de una cultura étnica bien individualizada, sino como un grupo humano abierto a distintas influencias, ya sean éstas de sangre o sobre todo de cultura, un grupo cuya identidad estaba garantizada por un “núcleo tradicional”, cuyos miembros conservaban las tradiciones de estirpe –antiguas, pero en realidad en continuo enriquecimiento- y que estaban agrupados en torno a un mando político-militar representado por la realeza². Para el período posterior –establecer límites cronológicos no es fácil tratándose de procesos de transformación profundos –se debe no solamente hablar, como se hace habitualmente, de un pueblo abierto ahora a modelos culturales y religiosos de matriz romano-mediterránea en vía de fusión con los romanos de Italia. Esto puede ser válido para una hipotética fase intermedia, también de difícil ubicación cronológica. Pero para la fase que se inicia con el siglo VIII, hay que tener presente que en las fuentes contemporáneas –además de aquellas de época carolingia y postcarolingia- con el término “longobardo” se entiende prácticamente todo habitante de condición libre del reino, y ciertamente, todos aquellos de condición económica incluso modesta que desempeñaban, al menos en teoría tareas públicas, judiciales y militares principalmente. En el reino no existían personas libres que se presentasen como romanos, si se exceptúan los habitantes de las regiones bizantinas anexionadas poco tiempo antes. Los mismos miembros del clero, que desde Liutprando en adelante podían

¹* Traducción de Manuel Koch. Este texto ha sido publicado en lengua italiana, en *Roma nell'alto Medioevo*, Settimane di Studio del Centro Italiano di Studi sull'Alto Medioevo, XLVIII, I, Spoleto 2001, pp.219-247

BERTOLINI O., *Roma e i Longobardi*, Roma, 1972. Entre los últimos trabajos que se ocupan de las relaciones entre papas y longobardos cabe señalar el de NOBLE T.F.X., *The Republic of St. Peter. The Birth of the Papal State, 680-825*, Philadelphia, 1984 (trad. Italiana Géova 1998)

² Sobre los temas de identidad véase POHL W., *Le origine etniche dell'Europe Barbari e Romani tra antichità e medioevo*, Roma 2000

vivir según la ley romana, en sus relaciones privadas adoptaban con frecuencia la ley longobarda y se presentaban, por tanto, como longobardos³.

Evidenciar estas diferencias macroscópicas entre lo que se entiende bajo el término “longobardos” en el siglo VI y en el siglo VIII no es una observación banal, en cuanto que la operación que nos proponen las fuentes de parte papal –el *Liber Pontificalis*, el *codex Carolinus*– es precisamente opuesta y tiende a uniformar la imagen de la época más antigua y aquella de época más reciente: la *nefandissima gens* de la época de Aguilulfo parece así idéntica a la *necdicenda gens* de la época de Desiderio. Que se trata de una toma de posición ideológica, de propaganda política, es un hecho bien conocido, pero tomar consciencia de ello no nos debe inducir a retener –sobre la propia guía de aquel duro lenguaje empleado– que los propios protagonistas de aquel período hubieran tenido en sus relaciones con los longobardos siempre el mismo comportamiento de neta repulsa, como si desde Gregorio Magno, quien temía convertirse en un *episcopus Langobardorum*, a Adriano I, hubiera sido constante el rechazo al reino longobardo durante sus dos siglos de historia. Una toma de posición de este tipo lleva consigo un vicio de fondo, aquel de examinar las relaciones entre el papado y los longobardos a la luz de su resultado final, perspectiva que ha deformado con frecuencia la interpretación de toda la historia del reino longobardo. Típico, en este sentido, es el modo en que Ottorino Bertolini iniciaba su libro citado arriba: la leyenda de los longobardos en Italia, escribía, constituye un evento memorable en la historia italiana puesto que va visto en la perspectiva de las relaciones entre longobardos y el papado, relaciones que “pusieron en acción un poderoso resorte que después de haber permanecido comprimido durante cieno setenta años se disparó al acercarse la mitad del siglo VIII”; de ello derivaron mutaciones decisivas para Italia y Europa⁴. Es precisamente esta concepción apriorística de la historia del reino longobardo la que se rechaza en estas páginas.

También el primer elemento del título, Roma, tiene una propia complejidad y no es evidente resolverlo automáticamente en el papado. ¿Cuál era de hecho la Roma con la que los longobardos tuvieron relaciones: Roma ciudad, Roma papado, Roma Imperio? Se ha escrito que el concepto de “romano” es uno de los más complejos de la Edad Media⁵, y lo mismo vale para Roma. La Roma que los longobardos habían conocido en Panonia era en realidad la Roma de Oriente, Bizancio, de la cual habían tomado muchas reglas e instituciones propias de la vida militar de los ejércitos federados del Imperio⁶. El imperio romano materialmente representado por Bizancio permaneció, durante toda la historia del reino longobardo independiente, como un punto de referencia ideal de cualquier manifestación del poder regio que se quisiese expresar en el sentido de una realeza madura, territorial, de sello católico. Desde Aguilulfo, que hace nombrar rey a su hijo en el Circo de Milán, a Cuniperto que substituye con su esfigie aquella imperial en las monedas y preside un sínodo, a Liutprando constructor de iglesias según un modelo constantinopolitano, a Astolfo que pide un tributo de un sólido *per caput* a los habitantes en el ducado romano que considera bajo su autoridad. Se trata de una “romanidad” política que es absorbida progresivamente por la realeza longobarda, la cual viene forjada

³ Sobre el tema “longobardos y romanos” la literatura es obviamente muy amplia. Por brevedad me limito a reenviar a un trabajo mío de síntesis relativamente reciente: GASPARRI S., *Prima delle nazioni. Popoli, etnie e regi fra Antichità e Medioevo*, Roma, 1997, pp. 141-158

⁴ BERTOLINI, *Roma e i Longobardi*, it. P. 13. En Gregori I Papae, *Registrum Epistolarum*, e M.G.H. *Epistolae*, I. Berolini 1881, I. 30 (febrero 591 a un exconsul, patricio y cuestor constantinopolitano). El papa escribe lamentándose amargamente con su interlocutor “*non Romanorum, sed Langobardorum episcopus factus sum*”

⁵ POHL W., “Conceptions of ethnicity in Early Medieval Studies”, in *Archeologia Polona*, XXIX 1991, pp. 39-50

⁶ Sobre este argumento, el trabajo de referencia clásica es BOGNETTI G.P., *L'influsso delle istituzioni militare longobarde e la natura della fara* en Id., *L'età longobarda*, III, Milán, 1967, pp. 1-46

en sentido íntegramente territorial y católico⁷. Bajo este punto de vista es lícito pensar que el verdadero interés de los longobardos más que hacia Roma fuera dirigido hacia Rávena, la capital de la Italia bizantina.

Los longobardos pudieron haber conocido la ciudad de Roma tal vez ya durante la guerra gótica, en la que algunos habían tomado parte aunque fuese brevemente⁸. En el período inmediatamente sucesivo a la invasión de Italia, las primeras bandas de guerreros longobardos hicieron su aparición en las cercanías de Roma durante el pontificado de Benito entre el 575 y el 579, cuya vida registra, no por casualidad, en el *Liber Pontificalis*, el hecho que los longobardos entonces “*invaserunt omnem Italiam*”. Durante la época del sucesor de Benito, Pelagio II la amenaza continuó, si es cierto que este papa fue ordenado “*absque iussione principis*” puesto que los longobardos asediaban en aquel tiempo la misma Roma⁹.

Tras los posteriores ataques de la época de Agilulfo –cuando Gregorio Magno en sus escritos podía describir dramáticamente la escena de los prisioneros romanos, llevados con la cuerda al cuello *more canum* y de los habitantes del campo que afluían desesperados dentro de Roma con las manos cortadas- los longobardos se desinteresaron de Roma durante un siglo aproximadamente. Los lazos que en este último período habían sido establecidos, a pesar de las fases de guerra, entre el papa Gregorio Magno y la orte longobarda –lazos de los que la historiografía se ha ocupado ampliamente interpretándolos como decisivos en la cristianización del poder regio y de la entera *gens* de los longobardos- no parecen haber tenido una continuidad significativa en los decenios sucesivos¹⁰. Los longobardos desaparecen de las páginas del *Liber Pontificalis* tan bruscamente como habían entrado.

Cuando reaparecieron en el horizonte de Roma, en los primerísimos años del siglo VIII, lo hicieron de dos modos diversos. El duque de Benevento, Gisulfo I, invadió el Lacio meridional llegando hasta la localidad llamada Horrea, a pocas millas de Roma, donde erigió una fortificación manifestando de ese modo su intención de cerrarse sobre esa línea; sin embargo, los sacerdotes enviados por el papa Juan VI “*cum apostolicis donariis*” lo convencieron para que liberase a los prisioneros y volviera a Benevento. Poco después de estos hechos cuando ya era papa Juan VII, el rey Ariperto I restituyó a la Iglesia de Roma el patrimonio de los *Alpes Cottiae*, que había sido confiscado durante las coquistas del período precedente, haciendo llegar al pontífice una solemne donación “*in litteris aureis exaratam*”. Dos maneras diversas, una belicosa, la otra pacífica de relacionarse con Roma, pero las dos tienen en común el hecho de que el primer plano se encuentra ahora el papado¹¹.

⁷ Sobre la progresiva romanización –en sentido católico y bizantino- de la monarquía longobarda: GASPARRI S., “Bizancio e i Longobardi. I rapporti fra l'impero e una stirpe barbarica al tramonto del sistema tardo-antico”, en Arnaldi G. Y Cavallo G. (eds.), *Europa medievale e mondo bizantino. Contatti effettivi e possibilità di studi comparati*, Roma, 1997, pp. 43-58 (Nuovi Studi Storici, XL) y HARRISON R., *The Early State and the Towns. Forms of Integration in Lombard Italy AD 568-774*, Lund 1993

⁸ Los longobardos participaron en la batalla de Tagina del 552 donde el rey godo Totila fue vencido y asesinado, PROCOPIO DE CESÁREA, *Le guerre. Persiana, vanadlica, gotica*; Craveri M. (ed.), Turín, 1977, VIII, 30-31, 33

⁹ *Liber Pontificalis*, Duchesne L. (ed.), I, París, 1886, pp. 308-309. Pelagio II fue papa entre el 579 y el 590

¹⁰ La dramática situación de Roma asediada por Agilulfo se describe en GREGORIO I PAPAE, *Registrum Epistolarum*, cit. V, 36 (junio 595 al emperador Mauricio) e IDEM, *Hom. In Ezech ultima*, II, 10, c.24 (citada ivi. P. 319, nota 1). La bibliografía sobre las relaciones de Gregorio Magno y la corte de Pavía es abundantísima. Un clásico es BOGNETTI G.P., “S. Maria foris Portas di Castelseprio e la storia religiosa dei Longobardi”, en ID., *l'Età longobarda*, III, Milán 1966, pp. 179-302. Más reciente AZZARA C., “Gregorio Magno, i longobardi e l'Occidente barbarico. Costanti e peculiarità di un rapporto”, in *Bullettino dell'Istituto storico italiano per il Medio Evo e Archivio moratorio*, XCVII, 1991, pp. 1-74 y, en general sobre Gregorio Magno, MARKUS R., *Gregory the Great and his world*, ambridge, 1997, . 97-111 para las relaciones entre el papa con la Italia longobarda y pp. 125-152 sobre la uestión de los Tres Capítulos

¹¹ Véase BOGNETTI G.P., “S. Maria foris Portas...”, cit.

La extrema fragilidad de las relaciones entre Roma y los longobardos desde finales del siglo VII y a lo largo del siglo VIII explica porqué quien se ocupa de este tema se concentra generalmente en el pleno siglo VIII. Ha habido sin embargo quien, como Gian Piero Bognetti, ha intentado llenar el vacío en torno a una idea original: la existencia de misiones de conversión de los longobardos arrianos, orquestadas por misioneros orientales enviados por Roma en el corazón de la *Longobardía* con centro en Pavía. De tales misiones sería un testimonio el insigne ciclo de frescos de Castelseprio. A su vez, esta idea se apoyaba sobre otra intuición que reconstruía la historia de los longobardos como una incesante lucha entre dos partidos, el arriano y el católico. Desués del precoz predominio de los católicos en época de Aguilulfo, Teodolinda y de su hijo Adaloaldo, la “reacción arriana” se habría instalado en el centro del poder longobardo, ocupando la monarquía con Arioaldo y Rotari y de nuevo, después de un breve paréntesis, con Grimoaldo, hasta que con la muerte de éste último los reyes católicos de la llamada “dinastía bávara” habrían vencido, si bien debieron todavía padecer el duro ataque del arriano Alahis en las postrimerías del siglo VII¹².

La fuerza del arrianismo longobardo, que he ejemplificado rápidamente resumiendo el pensamiento de Bognetti, explicaría suficientemente la preocupación papal y las misiones en el corazón del reino. Su consecuencia habría sido la consagración en Roma por arte del papa del obispo de Pavía, sustraído a la jurisdicción del arzobispo milanés en cuanto obispo misionero¹³.

El siglo VII marcaría por tanto la fase “misionera” de las relaciones entre Roma y los longobardos, intermedia entre el impacto inicial –puramente bélico– con una estirpe bárbara carente, a ojos romanos, de características dignas de mención y de jefes, y cuyo único lenguaje era el botín, y la fase “política” del siglo VIII, de la que nos ocuparemos más adelante. Sin embargo, el cuadro dibujado por Bognetti debe ser radicalmente redimensionado, puesto que su fundamento en las fuentes resulta muy débil. No es éste el lugar para examinar puntualmente los testimonios relativos al arrianismo en los longobardos ya realizado en otro trabajo¹⁴ pero de este examen se pueden resumir aquí algunos resultados, que no son insignificantes para el objetivo del tema del que me estoy aquí ocupando. La digresión será por tanto sólo aparente.

En realidad, las evidencias del arrianismo de los longobardos son extremadamente escasas. Reyes arrianos fueron con seguridad sólo Autari, Arioaldo y Rotari. Para el resto, o se sabe explícitamente que eran católicos o que pudieron serlo (véase Agilulfo), o se sabe de alguna vaga indicación que fueron simpatizantes arrianos (Alboino), o no se sabe nada: así es para Grimoaldo y también para el anti-rey Alahis¹⁵. Sin embargo convencido de la justicia de su idea de la lucha política longobarda como duelo continuo entre arrianos y católicos, a cada cambio traumático e los vértices del poder, Bognetti estaba obligado a endosar una etiqueta político-religiosa contrapuesta a los dos contendientes, por lo que, por ejemplo, como Cuniperto era católico así Alahis se convierte por necesidad

¹² Véase en particular la reconstrucción propuesta por BOGNETTI en su volumen *Santa Maria foris Portas*, cit., aunque se debe decir que esta interpretación se repite en toda su producción historiográfica sobre los longobardos y de allí se ha impuesto largamente en la historiografía italiana (no así en el extranjero, véase nota 14)

¹³ BOGNETTI G.P., “Le origine della consacrazione del vescovo di Pavia”, en IDEM, *L'età longobarda*, III, Milan, 1966, pp. 145-217

¹⁴ GASPARRI S., “Culture barbariche, modelli ecclesiastici, tradizione romana nell'Italia longobarda e franca”, en *Storia del medioevo italiano*, I; L'Incontro latino-germánico, Sergi G. (ed.), e.p. Llega a los mismos resultados aunque si con premisas y un recorrido diverso FANING S.C., “Lombard Arianism Reconsidered”, en *Speculum*, LVI, 1981, pp. 241-258

¹⁵ BOGNETTI, *Le origine della consacrazione del vescovo di Pavia*, cit., p. 205, dice por ejemplo de Alahis que “mas tarde las fuentes lo quisieron arriano” lo que indica que no existe ninguna noticia atendible sobre el credo religioso del duque. Y sin embargo sobre estas frágiles bases construye los rasgos de uno de los protagonistas más típicos de su interpretación de la historia político-religiosa de los longobardos.

en arriano o al menos “arrianizante”. De este modo las páginas de la historia longobarda se pueblan de jefes arrianos fantasmas que ocultan la realidad, esto es, una prevalencia entre los longobardos de un arrianismo absolutamente inofensivo, a excepción del hipercitado único episodio de la prohibición del bautismo católico impuesta por Autari a todos los hijos de los longobardos en el 590. Pero el episodio, recordado por Gregorio Magno en una carta a todos los obispos de Italia, es sobre todo un signo evidente de una recoz debilidad del arrianismo, visto que ya en una época tan temprana los bautismos católicos estaban evidentemente difundidos entre los longobardos¹⁶. Por el contrario, de Rotari, el rey arriano, se recuerda la intervención milagrosa de San Juan en la protección de su sepultura, ubicada dentro del recinto sagrado de la iglesia de los longobardos católicos¹⁷, y de Arioaldo, descrito como pésimo por el monje de Bobbio Giona, se sabe que estaba apoyado por los obispos transpadanos, y que se puso en manos del juicio del pontífice Onorio I en relación a los problemas de jurisdicción planteados por el obispo de Tortona con respecto al monasterio de Bobbio (el mismo Rotari pidió confirmación de ello al papa Teodoro). Por otra parte tanto Arioaldo como Rotari tenían una esposa católica, la misma de hecho, Guidiperga, hija de Teodolinda, lo que evidencia una pacífica convivencia en la corte de distintas creencias que exprimían elecciones eminentemente individuales¹⁸.

En cuanto a los misioneros orientales que en la segunda mitad del siglo VII habrían actuado en el seno del reino longobardo, tanto Bognetti como Bertolini admiten no tener ninguna prueba de la implicación papal en la obra de conversión que suuestamente habrían llevado a cabo estos misioneros¹⁹. Por otro lado, además, el objetivo de los misioneros, explícitamente declarado en el epitafio del diácono Tomás²⁰, parecería haber sido más bien acabar con el error de los aquileienses, no el arrianismo, nunca mencionado, y sin embargo, la excepcional importancia que habría sido conferida a estas misiones por parte de Roma –para las que “es legítimo pensar que todos estos misioneros actuaran por impulso de los papas”, como escribe Bertolini en perfecta sintonía con Bognetti²¹– se explica sólo con el gran valor político atribuido al arrianismo, que se quería extirpar junto al paganismo, que (también esto sin muchas pruebas) se consideraba que iba siempre con aquel y no con el peligro representado por los Tres Capítulos, que representaba una vieja y persistente creencia pero que, en sustancia, habría sobrevivido a

¹⁶ GREGORI I PAPA, *Registrum Epistolarum*, cit. I, 17; el papa incita a los obispos a advenir a los longobardos ahora que el *nefandissimus* Autari ha muerto y que “*gravis mortalitas imminet*” a bautizar a sus hijos a la fe católica.

¹⁷ PAULI DIACONI, *Historia Langobardorum*, in M.G.H., *Scriptores rerum Langobardiarum et italicarum*, saec. VI-IX, Hannoverae 1878, IV, 47

¹⁸ IONAE, *Vita olumbani*, in M.G.H., *Scriptores rerum Germanicarum in usum scholarum*, Hannoverae et Lipsiae, 1905, II, 24 donde se narra el intento fallido por parte de Arioaldo, “*sectae Arrianae credulum*” de hacer asesinar a un monje de Bobbio, Blidulfo; Ibid. II, 23, para las relaciones entre Tortona e Bobbio y la misión en Roma del abad Bertulfo, quien pidió al rey Arioaldo “*quantis a barbaro et Arrianae sectae credulum talia fari cerneret*” de enviar la misión de Bobbio a Roma “*suplimento publico*” (el rey aepta). Véase también el *Codice Diplomatico del monastero di S. Colombano di Bobbio*, Cipolla C. (ed.), I, Roma 1919, n.XIII, pp. 104-112 (*Fonti per la Storia d'Italia*, 52) para el privilegio emanado por el papa Teodoro el 643 a favor de Bobuleno abad de Bobbio tras una solicitud escrita de Rotari y de la reina Gundiperga. El privilegio nos ha llegado en una copia (interpolada) del 1172. Para Arioaldo y los obispos transpadanos véase abajo nota 26. Sobre Gundiperga, PAULI DIACONI, *Historia Langobardorum*, cit.IV, 47 donde se dice (en modo erróneo) que fue la esposa de Rodoaldo, hijo de Rotari. Más verosímil parece la noticia según la cual fue esposa de Arioaldo y de Rotari: Fredegarii Scholastici, *Chronica*, in M.G.H., *Scriptores rerum Merovingicarum*, II, Hannoverae, 1888, IV, 50 y 70 (véase también el privilegio del papa citado más arriba).

¹⁹ Por ejemplo BEROLINO O., “I papi e le missioni fino alla metà del secolo VIII”, in *La conversione al cristianesimo nell'Europa dell'alto Medioevo*, XIV Sett. Dt. Spoleto, 1967, p. 358; BOGNETTI, “Santa Maria foris Portas...”, cit., pp. 348-358, en particular p. 356

²⁰ Ibid, p. 444, menciona dos versos del epitafio de Tomás de los que se puede extraer que éste estaba ocupado en una acción contra la herejía tricapitolina, el “*errore veteri*” de “*Aquileia caeca*”

²¹ Cf. Arriba, nota 19

sus propios argumentos²². Nos encontramos pues ante un cortocircuito lógico: ¿porqué el papado, que en realidad se preocupaba más bien del monotelismo, para cuyo combate requería que los obispos presentasen sus profesiones de fe en el concilio constantinopolitano de 680, habría sostenido con tanto esfuerzo –aunque es un esfuerzo del que no hay trazas en las fuentes– las misiones si no es que no tenía como objetivo al arrianismo, presunto problema político capital, sino una herejía en vías de lenta extinción y sin más protectores políticos? ¿porqué confirió además la excepcional investidura “romana” del obispo de Pavía? –un *unicum* hasta el siglo XI– justo cuando el esfuerzo misionero habría llegado casi hasta el final? Tengamos en cuenta además que el hecho que el arrianismo había sido oficialmente abolido hacia el 653 por Ariperto I y que este episodio, que debería haber tenido una gran resonancia (se puede referir, por hacer un parangón, al concilio de Toledo del 589 que abolió el arrianismo del reino visigodo) pasó casi inadvertido.. El mismo Pablo Diácono lo ignora por completo²³. Pablo además –y se trata de un hecho clamoroso para un friuliano, y por tanto aquileense– cuando habla de la abolición del cisma tricapitolino en el 698 se confunde tanto en relación a la sede como al contenido del sínodo²⁴. También este hecho nos debe hacer reflexionar sobre el peligro de conferir demasiada importancia política a algunas herejías cuando no existen pruebas objetivas en las fuentes como fue el caso, por ejemplo para los mismos Tres Capítulos en su fase inicial²⁵.

Sostener el escaso relieve del arrianismo (así como de los Tres Capítulos) en el reino longobardo durante la segunda mitad del siglo VII significa restar plausibilidad a la existencia, en este período, de un esfuerzo misionero de parte del papado hacia los longobardos. No es que sea imposible suponerlo, ciertamente, pero si existió no fue de gran importancia, en cualquier caso, para determinar el tono de las relaciones entre el reino y el papado. No queda más que tomar en consideración un hecho: que el vacío de *circa* ochenta años, que va del fin del reino de Adaloaldo en el 626 a la aparición de Gisulfo I y de Ariperto I en las páginas del *Liber Pontificalis* a inicios del siglo VIII, expresa efectivamente un extremo enrarecimiento de las relaciones. Luego de la escasez de fuentes conservadas transforma en un vacío casi total, apenas cubierto, además de por las vicisitudes de Bobbio –que implicaron a Honorio I y Teodoro por una parte y Arioaldo y Rotari (con Gundiperga) por otra– por una carta de Honorio al exarca Isacio relativa a la necesidad de apoyar a Adaloaldo ante el *tyrannus* Arioaldo, y de una misió enviada tres años más tarde para obtener la consigna del patriarca Fortunato huido hacia los longobardos²⁶.

²² Cfr. El juicio de Bognetti expresado en su artículo “La continuità delle sedi episcopali e l’azione di Roma nel regno longobardo”, in *Le Chiese nei regni dell’Europa occidentale e i loro rapporti con Roma sino all’800*, I, VII Set. St. Spoleto, 1960, pp. 415-454, en p.430 donde habla de la función “misionera” de la iglesia de Pavía. Una opinión contraria en BERTOLINI, “Le chiese longobarde dopo la conversione alla cattolicesimo ed i loro rapporti con il papato”, in *Le Chiese nei regni dell’Europa occidentale e i loro rapporti con Roma sino all’800*, cit., p. 477

²³ Es interesante notar como el valor político del arrianismo entre los visigodos –como elemento útil para leer la historia interna del reino en términos de lucha entre un partido arriano y uno católico– ha sido puesto en crisis recientemente. Cfr. MOORHEAD J., “Gregory of Tours on the Arian Kingdom”, in *Studi Medievali*, ser.3, XXXVI, 1995, pp.903-915

²⁴ *Carmen de synodo Ticinensi* en M.G.H., *Scriptores rerum Langobardicarum*, cit. pp. 189-191. Cfr. PAULI DIACONI, *Historia Langobardorum*, cit. VI, 14. Para Pablo el concilio tuvo lugar en Aquileia en vez de en Pavía y la herejía condenada sería el nestorianismo (según el cual “la beata María había generado sólo al hombre y no al Dios y al hombre)

²⁵ Para las implicancias políticas de la herejía de los tres capítulos véase GASPARRI, *Prima delle nazioni*, cit. pp. 121-28. En líneas más generales véase supra nota 23

²⁶ *Epistolae Langobardicae collectae*, in M.G.H., *Epistolae*, III, Berolini 1892, nn.2 (noviembre-diciembre 625), al exarca Isacio, y 3 (18.2.628) a los obispos de *Venetia e Histria*. En esta última carta se dice que Honorio había invitado a los mensajeros de Arioaldo para pedir la consigna de Fortunato. Los mensajeros tenían sin duda una carta del papa que, sin embargo, no se ha conservado.

Es realmente poco. El dato a tener en cuenta es que el reino longobardo, durante estos decenios, está ocupado en un difícil proceso de organización política, marcado por duras luchas internas por el poder y muy ocasionalmente se asoma al sur de los Apeninos, y cuando lo hace, se vuelve hacia las tierras longobardas de Spoleto y Benevento, mientras que el papado, a su vez, está implicado en áeras luchas religiosas con Bizancio. Los objetivos privilegiados por ambos protagonistas –reino y papado– durante estos casi ochenta años eran por tanto radicalmente divergentes y se debieron encontrar raramente.

Este hecho resta además un sentido de inevitabilidad a sus relaciones, que el reino tuviese que tender necesariamente a dominar al papado y que este último viese igualmente en el primero una eterna amenaza incompatible con su propia seguridad. Las cosas no eran así. Las relaciones entre papas y longobardos se diseñaron en distinto modo en los diversos períodos, y entre las distintas posibilidades existía también la sustancial indiferencia recíproca, apenas veladas por buenas relaciones oficiales. En este contexto, para la investidura romana del obispo de Pavía, se puede tal vez revalorizar la vieja hipótesis de Duchesne, es decir, que fuese un reconocimiento a la creciente dignidad como ciudad revestida por Pavía²⁷.

Del resto, en realidad, el vacío de las relaciones romano-longobardas en el siglo VII es sólo aparente, o mejor, lo es sólo a nivel político. De hecho los recientes descubrimientos arqueológicos realizados en la Cripta Balbi en Roma nos permiten entrever, a nivel de relaciones económicas, un escenario bien diverso, en el que la oficina romana allí desubierta producía y ensamblaba armas, arreos de caballo, placas de cinturón, fíbulas y otros objetos en hueso, cuerno, marfil y oro que se vendían también en tierras longobardas, particularmente en el ducado de Spoleto. Objetos de manufactura romana han sido encontrados, por ejemplo en Castel Trosino²⁸. Si en Roma se producían objetos que eran también símbolos de rango y que circulaban en las tierras longobardas, la idea de las insuperables barreras –étnicas, culturales, religiosas– entre estos diversos ámbitos territoriales, pierde todo su contenido. No sorprende por tanto encontrar en una de las cartas longobardas, la *inquisitio* del notario regio Gunteram del 715 relativa a la disputa entre los episcopados de Siena y Arezzo, un párroco toscano que afirma haber sido consagrado en Roma e su infancia: más que ser la prueba de otro improbable filón misionero, esta vez hacia la Tuscia, es sólo una evidencia de las frecuentes y regulares relaciones existentes entre aquella región del reino longobardo, cuyos obispos eran dependientes de Roma y la Iglesia de esta última ciudad; relaciones que –en clave de normalidad– debían hundir sus raíces al menos en el siglo VII²⁹. La misma aceptación de la realidad del reino –de su sociedad, de sus estructuras políticas y religiosas– se refleja

²⁷ *Liber Pontificalis*, cit. p.395, en nota, donde Duchesne subrayaba justamente que en la base de esta concesión –que aparece ya operante durante el pontificado de Constantino (708-715), pero no sabemos desde cuando (*Liber Pontificalis*, cit. pp. 391-392: *il biograo papale dice che l'eszensione pavese era tala "a riscis temporibus", ma ciò appare poco plausibile*) –doveva esserci un notevole miglioramento dei rapporti) fra i papi e i re longobardi e proponeva una legame fra l'eszensione di Pavia e la resttuzione del patrimonio delle Alpes Cottiae

²⁸ RICCI M., "Relazioni culturali e scambi commerciali nell'Italia entrale romano-longobarda alla lue della Cripta Balbi in Roma", in *L'Italia centro-settentrionale in età longobarda*, a cura di L.Paroli, Firenze, 1997, pp. 239-73

²⁹ SCHIAPARELLI L., *Codice Diplomatico Longobardo*, I, n.19 (20/6/715), Roma, 1929 (Fonti per la storia d'Italia, 62). Se trata de Aufrit del monasterio de S. Pietro d'Asso que a la pregunta "*tu ibi tonsus?*" respondió *in Roma, et ab infanti me*". La hipótesis de CONTI P.M., "Il 'Monasterium', sacello di fondazione privat e le missione cattoliche nella Tuscia del secolo VIII", in *Studi Storici. Miscellanea in onore di M. Giuliani*, Pasrma, 1965, tomada de forma un poco dubitativa por BERTOLINI O., *Il papa e le missioni*, cit. p. 357, según el cual nos encontraríamos en presencia de otro filón misionero organizado por el papa, est vez hacia la Tuscia, tra aquel de los misioneros lombardos enviados contra los Tres Capítulos, parece totalmente carente de fundamento, construida como está exclusivamente de reflejo resecto a la tesis bognetiana de las misiones orientales orquestadas por el papa

también en un breve pero significativo *Indiculus* jurado en San Pedro por los obispos toscanos dependientes de Roma, fechado probablemente a finales del siglo VII, un juramento en el que los obispos se esforzaban por hacer todo lo posible por mantener la paz entre la *res publica*, el imperio y “*nos, hoc est gentem Langobardorum*”³⁰,

El siglo VIII marca un giro tanto en las relaciones entre papas y longobardos como en la atención que las fuentes prestan a estas relaciones. Particular relieve tiene la época de Liutprando para la que disponemos contemporáneamente de la *Historia Langobardorum* que finaliza con la muerte de Liutprando y del *Liber Pontificalis* que había ignorado prácticamente a los soberanos precedentes. Se perfila pues, en este último caso, la posibilidad de cruzar los datos y verificar diversos puntos de vista. En Paulo Diácono sin embargo, la única mención de las relaciones entre el rey y la Iglesia de Roma vuelve a ser relativa al patrimonio de los *Alpes Cottiae* que según el rey “*Romanae ecclesiae confirmavit*” mientras que el *Liber* sostiene que el rey confirmó la donación pero que precedentemente se había apropiado de aquellas posesiones que restituyó sólo tras la severa admonición de Gregorio II. Una diferencia no insignificante que introduce en la fuente romana la imagen de un soberano siempre oscilante, en su relación con el papa, entre dureza y docilidad³¹.

Aparte de este episodio, en Paulo no hay nada más. Las largas guerras conducidas por Liutprando en la Italia central son presentadas como llevadas a cabo exclusivamente contra los romanos (término usado por Pablo con el significado de “Bizantinos”, o con el objetivo de someter a los ducados de Spoleto y Benevento. También a propósito de la demasiado famosa donación de Sutri se dice que sólo la ciudad fue devuelta a los romanos. Que el duque de Spoleto Transamondo, huyendo del rey escape a Roma se dice de pasada y sin ninguna mención al papel del papa. Por otra parte, la defensa de Gregorio II por parte de los duques longobardos de la Italia central se produce sin que el rey sea mencionado, y sin embargo la enésima ofensiva beneventana –esta vez contra Cumas– parece una iniciativa de los longobardos meridionales sin relación con la estrategia del soberano³².

El contraste con la narración del *Liber* o puede ser más neto. En las páginas de este último el rey longobardo es protagonista de largas y atormentadas relaciones con tres papas, Gregorio II, Gregorio III y Zacarías, relaciones resaltadas por encuentros militares –Gregorio III se había alineado con Transamondo, rebelde a Liutprando– pero sobre todo encuentros, algunos de ellos dramáticos. Entre estos últimos se debe recordar en primer lugar, el sucedido en Roma cuando el rey, llegado para ayudar al exarca a deponer a Gregorio II, venido por las plegarias del pontífice, depone las insignias del poder regio nada menos que en S. Pedro –“*ante corpus apostoli*”–, una prueba clamorosa del ascendente de Gregorio sobre Liutprando³³. Sin embargo, el prestigio espiritual del papa no resolvía en sí mismo toda la complejidad de las relaciones posibles con el rey.

Con Zacarías los encuentros fueron dos, el primero en el 742 en Terni, para obtener restituciones territoriales relativas al ducado romano; es segundo, el año sucesivo, que tenía el objetivo de recuperar territorios del Exarcado ocupados y de detener el ulterior avance de Liutprando en aquella región. En este último caso Zacarías acudió nada menos que hasta Pavía. Fue un evento absolutamente clamoroso, marcado por un ritual muy complejo. El rey, que o quiere recibir a los mensajeros del pontífice, manda en cambio a sus *optimates* a su encuentro en el Po; llegado a Pavía, el papa encuentra al rey fuera de las murallas de la ciudad y juntos acuden para la misa de la

³⁰ *Indiculum episcopi de Langobardia* in *Liber Diurnus Romanorum Pontificum*, ed. Von Sickel T.E., Vindobonae, 1889, p.81

³¹ PAULI DIACONI, *Historia Langobardorum*, cit. VI, 43 y *Liber Pontificalis*, cit., p. 398. La restitución se produjo probablemente durante los primeros tiempos del pontificado de Gregorio II (715-731)

³² PAULI DIACONI, *Historia Langobardorum*, cit. VI, 43-58, para los eventos del reino de Liutprando

³³ *Liber Pontificalis*, cit. p.408

Vigilia de la fiesta de San Pedro a la iglesia de *S. Pietro in Ciel d'Oro*. Tras haberse reconfortado entran en la ciudad. El día sucesivo, festividad del apóstol, el mismo papa celebra la misa en S. Pietro y luego, tras los recíprocos saludos públicos ambos reciben el homenaje de los *cives* y de nuevo entran en Pavía. Sólo al siguiente día y siempre a través de sus *optimates* el rey invita al papa a su palacio, donde finalmente se desarrollan los coloquios políticos y la *multa duritia* del rey es parcialmente sometida con la restitución de tierras *ravenates* y de dos tercios del territorio de Cesena. Luego el rey acompaña a Zacarías hasta el Po, dejando “*in obsequium eius dues et primatos suos*” para que procediesen materialmente a la restitución de los territorios prometidos³⁴.

El ceremonial de Pavía había sido ya puesto a prueba el año anterior en Terni, aunque en un modo ligeramente menos solemne. Los enviados de Liutprando fueron al encuentro del papa de Narni y lo acompañaron a Terni, hasta la iglesia de S. Valentino; el rey, rodeado de los otros grandes, le esperaba fuera de la basílica. En la iglesia tuvo lugar una oración, los saludos y los primeros coloquios. Después el rey acompañó al papa media milla “*in eius obsequium*”. Al día siguiente, sábado, se desarrollaron los coloquios políticos, en el curso de los cuales el rey cedió a la elouencia del pontífice y consintió ceder cuatro ciudades ocupadas del ducado romano (Orte, Amelia, Bomarzo y Blera), sumándoles el *patrimonium Savinense* que había sido ocupado veinte años antes, la restitución de prisioneros romanos y *ravenates* y una paz veintenal. Luego, y siempre en S. Valentino, el papa ordenó a un obispo del reino longobardo, tal vez el de Siena, ante el rey y sus *iudices*. Siguió un excelente banquete, si aceptamos lo que dice el mismo Liutprando. El buen humor del rey que refleja este comentario es un claro signo de que las negociaciones no habían implicado sólo cesiones de su parte, sino también un modo para consolidar lo que se había obtenido en la fase inmediatamente precedente, es decir, el definitivo alejamiento del papa respecto al duque de Spoleto³⁵.

La narración de los dos encuentros entre Zacarías y Liutprando, realizada por el biógrafo del papa, es la de un testimonio ocular o la de uno que tenía informaciones de una persona que había estado presente en los hechos. Aparte de esto, sin embargo, es fundamental el hecho de que el biógrafo haya querido contar detalladamente los hechos, expresando ciertamente el punto de vista y los intereses del papa y de su círculo, pero al mismo tiempo dando a los dos encuentros un relieve inusitado. Esta circunstancia no ha sido considerada en su justo valor por la historiografía. Sólo Bertolini hizo en su tiempo una mención iluminante cuando señaló que el ceremonial de Terni había servido como precedente para futuras ocasiones y subrayó un ejemplo concreto: del mismo modo que Liutprando acompañó a Zacarías media milla, e el 754, en Ponthion, ipino fue al encuentro del Papa a tres millas de su palacio, acompañando luego a su caballo “*vice sartoris*” como si se tratase de un escudero³⁶. Bertolini hubiera podido citar también en el episodio a Zacarías acompañado por Liutprando, aunque no es este el punto. El punto es que el modelo de ritual seguido en el encuentro entre el papa Esteban II y el rey franco –soberano de la “*nobilissima gens Francorum*”- tiene su origen en el encuentro entre el papa Zacarías y el rey longobardo –soberano de la “*perfida gens Langobardorum*”.

Este hecho desgarró de modo definitivo el velo ideológico que las fuentes de parte papal delatan sobre el tema de las relaciones longobardo-papales del siglo VIII; involuntariamente, lo que nos ha revelado el biógrafo es un ritual –repetido dos veces- de legitimación recíproca y pública, bien diverso de la ceremonia de devoción con la que Liutprando, vestido de penitente, había depuesto sus armas sobre la tumba de san Pedro. Una legitimación particularmente fuerte es el caso de Pavía –véase el saludo conjunto realizado por el papa y el rey, autoridades diversas pero acordes para los ciudadanos de

³⁴ Ibid., pp. 430-431

³⁵ Ibid., pp. 427-429

³⁶ BERTOLINI, *Roma e i Longobardi*, cit. p. 57 que cita el *Liber Pontificalis*, cit. p.147

la capital del reino- y quizás más importante para el papa que para el rey, visto que Paulo Diácono la ignora. Que la haya ignorado por el hecho que el rey hubiese cedido al papa me parece una hipótesis insostenible. El precio pagado por Zacarías, llegado a Pavía para implorar la clemencia del rey, me parece más bien alto; y el hecho que el viaje hubiera sido orquestado justo en ocasión de la festividad de san Pedro para hacerse evidentemente escudo del prestigio del santo, es una prueba más del cuidado con que el viaje fue preparado por parte papal. El hecho que Zacarías celebrase la misa en el día de san Pedro en la capital longobarda en presencia del rey, en una iglesia fundada por él es un acto de enorme valor simbólico; al igual que lo había sido la ordenación papal del obispo sienés, siempre en presencia del rey.

Los encuentros entre Zacarías y Liutprando son los primeros encuentros solemnes entre un papa y un soberano de los reinos occidentales. En ellos, Liutprando ostenta un papel de gran dignidad, de superioridad, podríamos decir: en ambos casos el rey espera al papa, no le va al encuentro como ha en el exarca en Rávena y Pipino en Ponthion; naturalmente mientras para el exarca esto era un signo de debilidad evidente, en el caso de Pipino su sumisión formaba parte de la manifestación ideológica del nuevo poder regio de los franos³⁷. Por otra parte es interesante el hecho que, tras el reinado de Liutprando, nuevos encuentros no hayan dado pie a otras descripciones. Ya para el encuentro entre el mismo Zacarías y Ratchis en Perugia en el 749 se vuelve a una descripción abreviada y de género. Iertamente puede ser debido a que a este punto el ceremonial estaba ya suficientemente ensayado o que faltó un testimonio ocular. Pero quizás en los dos encuentros de Terni y Pavía se había querido por parte de uno o de ambos protagonistas, conferirles una dignidad particular. Y si es así, entonces la interpretación política dada antes, basada en el concepto de la recíproca legitimación, me parece validada, no obstante el tono mixto de rencor y de satisfacción con que el biógrafo de Zacarías acoge la noticia de la muerte de Liutprando³⁸.

Después de Ratchis y Zacarías, con los reinos de Astolfo y Desiderio y los pontificados de Esteban I, Pablo, Esteban III y Adriano I, entramos en cambio en una fase que podríamos definir como de “deslegitimación” política y que es la mejor conocida y sobre la que por tanto no me extenderé demasiado. Una laguna en el tejido de noticias proporcionada por el *Liber* –intencionada, como notaba oportunamente Bertolini, puesto que era difícil dar noticias de la caída de Rávena- nos deja en penumbra en todo lo concerniente a los primeros tiempos del reino de Astolfo y nos presenta a este rey, ya en plena acción, desplegar toda su *saevitia* en el territorio de Roma y de las ciudades circundantes, provocando desesperados intentos de Esteban II para convencerlo a la paz³⁹. Pero Astolfo habría concedido la paz sólo al precio de la aceptación de un tribuno por parte de Roma lo que habría significado la incorporación de Roma en el interior del reino longobardo⁴⁰. La reacción, exclusivamente política del papa, provocó su llamada a Pipino, rey de los francos desde hacía poco y las sucesivas intervenciones de este último en Italia. La carta que Esteban III envió a Pipino en 756 para inducirlo a intervenir por segunda vez en Italia es una obra de arte de propaganda política antilongobarda: las iglesias son violadas por los hombres de Astolfo que celebran banquetes con las ostias consagradas, depredan los objetos litúrgicos sagrados y hacen prisioneros a los monjes y

³⁷ Cfr. Como trabajo más reciente sobre la nueva ideología del poder franco establecida por la familia de los Pinínidas-Arnolfingos. GARRISON M., “The Franks as the New Israel? Education for an identity from Pipin to Charlemagne”, in *The Uses of the Past in the Early Middle Ages*, Hen Y. Y les M. (eds.), Cambridge, 2000, pp. 114-161

³⁸ *Liber Pontificalis*, cit. pp. 431 y 433-434

³⁹ Ibid., pp. 441-443

⁴⁰ Ibid., p.441. Sobre el valor de este episodio cfr. HARRISON, *The Early State and the Towns*, cit., p.219 y GASPARRI, “Il regno longobardo in Italia. Struttura e funzionamento di uno stato altomedievale”, in *Langobardia*, Gasparri y Cammarosao (eds.), Udine, 1990, p.267

siervos de la iglesia. Es el mismo lenguaje utilizado dos siglos antes en el 580 por Pelagio I cuando describía al obispo Aunario de Autun la situación de Roma asediada por los longobardos⁴¹. Dos siglos parecen haber pasado en vano pero sabemos bien que nos encontramos delante de una operación política e ideológica.

La historia italiana había sufrido, por tanto, una aceleración imprevisible debida a la presencia de diversos factores que no estaban presentes en la época de Liutprando, de las bien distintas relaciones instauradas entre el Papado y los soberanos francos a partir del 751, al final de las relaciones personales que habían ligado al mismo Liutprando a Pipino tras la llegada al trono longobardo de soberanos que eran exponentes de una nueva y agresiva aristocracia, la del *Austria* longobarda, a la caída total de la organización político-militar del Exarcado de Rávena⁴². La percepción de la entidad de todos estos cambios debía estar bien presente en el biógrafo de Esteban II, de otro modo no se explica su presentación de Astolfo, casi de caricatura, cuando lo describe como *atrocissimus, o perfidus o nefandissimus rex Langobardorum* que amenazaba pasar a todos los romanos a filo de espada sino se sometían a su dominio, o que “*ut leo dentibus fremebat*” delante de Esteban II quien, en el palacio real de Pavía afirmaba querer acudir a Pipino en Francia. Inútil subrayar que en este último caso el biógrafo papal dejaba traslucir un inesperado rencor, el retrato diabólico de Astolfodeja lugar, en el momento en que se narra su muerte durante la caza, a un imprevisto momento de piedad (“*ipse infelix Aistulfus*”): la prueba quizás de que se tenía la impresión que su proyecto político de dominio sobre la Italia romana había fracasado definitivamente⁴³.

De Astolfo a Desiderio, la línea de comportamiento papal en sus relaciones con los monarcas longobardos aparece lineal e su total hostilidad y constante retrato negativo de los soberanos: como Astolfo, Desiderio es *protervus, animado por un malignum ingenium* y por una *maligna saevitia*⁴⁴. La única excepción se refiere al pontificado de Pablo I: en las cartas de este papa se presenta a Desiderio sin apelativos negativos y se recuerda su devoto peregrinaje “*ad apostolorum causa orationis limina*” y que desea alcanzar una paz definitiva con “*ipse excellentissimus rex*”⁴⁵. A decir verdad también Esteban II, a pesar de su hostilidad, en ocasión de la ayuda prestada por Desiderio contra sus rivales lo gratifica con el apelativo de “*excellentissimus filius noster*” como confirmación de la instrumentación política de tales definiciones⁴⁶.

Desiderio, que muy pronto demostró ser totalmente autónomo, había sin embargo llegado al poder con el apoyo franco-papal, así al menos lo dice el *Liber* y lo confirman los anales francos⁴⁷. Las cartas que en aquella ocasión Esteban II envió a Ratchis (que intentaba volver al trono) y “*cuncti genti Langobardorum*” son una prueba de que, en la realidad y dejando de lado la propaganda, existía una consolidada trama de relaciones entre el papado y el reino longobardo a través ciertamente de los obispos⁴⁸.

Durante el reinado de Desiderio, al menos en tres momentos podrían haberse producido giros imprevisibles. El primero durante el verano del 768 cuando, tras la muerte de Pablo I, las luchas internas por la sucesión de la sede papal –cargada ahora de

⁴¹ *Codex Carolinus*, in M.G.H., *Epistolae Merowingici et Karolii aevi*, . Berolini, 1957, n.8 / carta de Esteban II. La carta de Pelagio II, enviada a Aunario, obispo de Autun se encuentra en *Epistolae Merowingici collectae*, in M.G.H., *Epistolae*, III, cit. .9

⁴² Todos temas bien conocidos por la historiografía. Menos conocido resulta el de la ascensión de los Austrias. Cfr. GASPARRI S., “Istituzioni e poteri nel territorio friuliano in età longobarda e carolingia”, in *Atti del XIV Congresso Internazionale di Studi sull'Alto Medioevo*, I, Spoleto 2001, pp. 105-128

⁴³ *Liber Pontificalis*, cit. pp.441-454

⁴⁴ *Ibid.*, pp. 469-499

⁴⁵ *Codex Carolinus*, cit. .37-38

⁴⁶ *Ibid.*, .48

⁴⁷ *Liber Pontificalis*, cit. p.454-455 y *Anales Mettenses priores*, in M.G.H. *Scriptores rerum Germanicarum*, cit. ad anum 756 y 773

⁴⁸ *Liber Pontificalis*, cit. p.455

autoridad política sobre territorios relativamente amplios y por tanto cada vez más apetecibles para la aristocracia⁴⁹- ofrecieron a los guerreros longobardos de Spoleto la ocasión de entrar nada menos que en la misma Roma, estableciéndose brevemente en el Gianicolo. Por otra parte, una vez fracasado el intento de imponer un candidato de Desiderio, Filippo, al trono papal, estos abandonaron rápidamente la ciudad. El biógrafo de Esteban III nos los presenta muertos de miedo y temblorosos, huyendo gracias al coraje de los romanos⁵⁰. Un episodio en apariencia más curioso que otra cosa y que debió de tratarse de un pequeño pelotón de soldados. Sin embargo queda la fascinación al menos potencial del episodio, de hecho fue la única ocasión en que, durante los doscientos años de historia del reino longobardo independiente, los longobardos se presentan armados dentro de Roma.

Mucho más concreta habría sido la posibilidad de un viraje político radical si –una vez que fracasaron los planes de Desiderio de controlar directamente el papado interviniendo en las luchas de las facciones romanas⁵¹- hubieran llegado a buen puerto los planes del rey longobardo relativos al matrimonio de una de sus hijas con Carlomagno. De esto es un testimonio elocuente una carta enviada en el 770 o 771 por Esteban III a Carlos y Carlomán en la que el papa invita a los dos hijos de Pipino a evitar cualquier contagio entre la *preclara Francorum gens* y la *pérvida ac foetentissima Langobardorum gens*, “dalla cui stirpe si sa per certo he è stata generata la shatta dei lebbrosi”⁵². La enormidad de las injurias versadas en esta ocasión sobre la *horrida gens* de los longobardos revela la percepción, por parte de Esteban III, de la enormidad del peligro. Pero el matrimonio, que por otra parte existió, tuvo una breve duración, porque tras la muerte de Carlomán se produjo un cambio de las alianzas y Carlos repudió a su esposa longobarda pasando a una posición hostil a Desiderio, quien a su vez le respondió alojando a la viuda y a los hijos del difunto hermano de Carlos y pidiendo a Adriano I que ungiese a los dos hijos como reyes de los francos: se trata éste del tercer momento decisivo del cual se hacía mención. El nuevo y único soberano de los francos debía vencer al rey longobardo de modo definitivo ocupando el reino y cerrando para siempre la fase histórica de dura contraposición entre Roma y Pavía. Una ulterior prueba de cuanto el éxito de todo el asunto hubiese dejado en vilo la proporciona el pequeño pero significativo detalle relativo a la identidad de la hija de Desiderio: de ella, única entre las cuatro hijas del aquel rey, callan todas las fuentes y de hecho desconocemos incluso su nombre. Las fuentes francas y papales, lo callan del todo; se trató de una intencionada *damnatio memoriae*⁵³.

Ha llegado el momento de realizar alguna consideración conclusiva. Del rechazo a una interpretación de las relaciones entre el papado y los longobardos en una clave determinante –estas no podían aabar de otro modo- ya se ha hecho referencia. Detrás de este rechazo se esconde la consciencia de que, si la situación en determinado momento podía tomar un cauce distinto, y si el comportamiento romano no fue tan neto como podría parecer a simple vista, es también porque –como ha puesto en evidencia Girolamo Arnaldi- por parte papal no existía el claro conocimiento de qué cauce tomar, como con

⁴⁹ Para el análisis del momento político véase ARNALDI G., “Le origini del matrimonio di San Pietro”, in *Storia d'Italia*, Glasse G. (dir.), vol. VII/2, Comuni e signorie nell'Italia nordorientale e centrale: Lazio. Nbría, Lucca; Torino, 1987, pp. 3-151

⁵⁰ *Liber Pontificalis*, cit. p.470

⁵¹ Sobre estos acontecimientos cfr. la reconstrucción hecha por BERTOLINI, *Roma e i Longobardi*, cit. pp.87-100

⁵² *Codex Carolinus*, cit. n.45

⁵³ Sobre este último tema (sobre el que estoy trabajando ahora) cfr. NELSON J.L., “Making a Difference in Eight-Century Politics: the Daughters of Desiderius”, in *After Rome's Fall. Narrators and Sorces of Early Medieval History. Essays presented to Walter Goffart*, Callander Murray A. (ed.), Toronto, 1998, pp. 171-190

demasiada frecuencia se ha presupuesto⁵⁴. El mismo discurso sirve también para los francos, los otros grandes protagonistas del giro político de mediados del sigloVIII: sólo una fuerte reescritura de los acontecimientos de la primera mitad de aquel siglo, llevada a cabo sucesivamente en ambiente franco, pudo dar la impresión de una constante posición filoromana de los mayordomos del palacio, obturando completamente, por ejemplo, la adopción de Pipino por parte de Liutprando y el rechazo opuesto por Carlos Martel a las demandas de intervención en Italia por parte de Gregorio III⁵⁵. Por el contrario, los acontecimientos de la crisis italiana están leídos en su preiso contexto, que era el de la continua mutación. La evolución política italiana pudo haber tomado caminos distintos a aquellos que finalmente adoptó. No existía ningún rechazo *a priori*, por parte romana, a la realidad representada por el reino longobardo y a sus supuestas tradiciones germánicas y particularidades⁵⁶ todo lo contrario, una realidad con la cual se producían normales y, durante el siglo VIII al menos, frecuentes relaciones a todos los niveles.

Analogamente, por parte longobarda se puede encontrar la misma normalidad de comportamiento. Se explica de este modo, por ejemplo, la colaboración entre el papado y la monarquía longobarda, cada uno en su propio ámbito, en la resolución de la controversia entre los episcopados de Siena y Arezzo, o la demanda de aclaraciones en materia de matrimonios ilícitos por arte del obispo de Pavía Teodoro a Zacarías y la respuesta de este último, o también la concesión del pasli a Severo de Aquileia por parte de Gregorio II, después de ser solicitada por el *eximius dilius noster*, el rey Liutprando⁵⁷. Colaboraciones y relaciones que se desarrollaban paralelamente a la difícil situación política y militar y que de vez en cuando se determinaban pero que nunca se interrumpían. En estas condiciones parece difícil poder sostener todavía la existencia de una presunta persistente “extrañeza cultural” de los longobardos respecto a la Iglesia de Roma: de esta extrañeza no existe traza alguna en las fuentes. Así como tampoco existe traza alguna de otro de los temas preilectos de la historiografía: el drama de los longobardos, y del lero del reino en particular, en el momento en que tuvieron que enfrentarse con los francos que apoyaban al papa. Lo poco que sabemos del comportamiento del episcopado longobardo va en dirección diametralmente opuesta: de los obispos de la Tuscia longobarda *reacia* a obedecer a las apremiantes invitaciones de Gregorio III a acudir a Pavía para obtener la restitución de las cuatro ciudades ocupadas por Liutprando, al obispo de Luca Walprado que partió personalmente a la guerra contra los francos de Pipino y en la cual perdió la vida, a Teodoro de Pavía quien, con su santidad, habría alejado durante mucho tiempo de Pavía las armas de Carlomagno, a los obispos de Tuscia y Emilia exiliados a Francia tras el 774⁵⁸. Datos reales y leyenda hagiográfica concuerdan pues en delinear los trazos de un episcopado compacto detrás de sus soberanos. Y en cuanto a las deserciones de los longobardos no miembros del clero,

⁵⁴ ARNALDI G., “Il papato e l’ideologia del potere imperiale”, in *Nascita dell’Europa ed Europa carolingia: un’eqazione da verificare, Im XXVI Set. St. CISAM*, Spoleto, 1981, pp.341-407

⁵⁵ Jarnut J., “Die Adoption Pippins durch Koenig Liutprnd und die Italienpolitik Karl Martells”, in *Karl Martell in seiner Zeit.*, Jarnut J., Nonn U. Y Richter M. (eds.), Sigmaringen, 1994, pp. 217-226

⁵⁶ BERTOLINI, *Roma e i Longobardi*, cit. p.132. Según esta perspectiva la tradición universalística de la iglesia de Roma habría heho imposible a sus obispos “ridursi a sudditi del *regnum Langobardorum*”

⁵⁷ *Epistolae Langobardicae*, cit. n.8 (1.12.723) para el palio a Severo de Aquileia y 18 (745-752) para la respuesta de Zacarías a Teodoro. Sobre la importancia de esta última carta cfr. BERTOLINI, *Le Chiese longobarde*, cit. pp.475-477. Sobre Siena y Arezzo cfr. supra ot 29 en KEHR P.F., *Italia Pontificia* III, Berolini, 1908, n.2, p.147

⁵⁸ Del “drama de los longobardos” habla BERTOLINI en sus trabajos en numerosas ocasiones. Cfr. por ejemplo *Le Chiese longobarde*, cit. pp. 491-492. Para los hechos citados en el texto, cfr. *Epistolae Langobardicae*, cit. n.16 (15.10.740)) y p.478, nota 2 para la epístola de Gregorio III: *Codex Carolinus*, cit. n.50 para el exilio de los obispos; SCHIAPARELLI, *ódice diplomático longobardo*, cit. n.114 (julio 754) para Walprado; *Cronaca della Novalesa*, Alessio G.C. (ed.), Turin, 1982, III, 14, p.157 para la leyenda de Teodoro.

durante la última guerra anti-franca, la única lectura posible de este comportamiento es política, de oposición a Desiderio⁵⁹.

Desnudas de todas estas lecturas no adherentes a la evidencia proporcionada por las fuentes, las atormentadas relaciones entre el reino longobardo y la Iglesia de Roma en el siglo VIII, no son restituidas en toda su realidad, heha de estrechos lazos recíprocos y, al máximo nivel, aquel de rey y pontífice, de un complejo juego político, construido sin embargo siempre a partir del reconocimiento, por arte longobarda, del papel papal de *caput ecclesiarum dei*. Es decir, de su función eminente de magisterio en terreno religioso: así Liutprando podía incluso acoger en su legislación una directiva de Gregorio II, de uevo en materia matrimonial, y Pablo I, pocos años antes de la caída de Desiderio, podía atender una demanda del rey eximiendo de la jurisdicción episcopal al monasterio de San Salvador de Brescia fundado por él mismo y por la reina Ansa⁶⁰. Todo ello da fe de un constante diálogo con Roma de los vértices políticos y religiosos del reino longobardo.

⁵⁹ Sobre este argumento véase GASPARRI S., “Il passaggio dai Longobardi ai Carolingi”, in *Il futuro dei longobardi. La Italia e la costruzione dell'Europa di Carlo Magno. Saggi*. Berteli C. Y Broggiolo G.P. (eds.), Milán, 2000, pp. 25-43

⁶⁰ *Liut. Leges*, c.33 (ao 723) in AZZARA C., GASPARRI S., *Le leggi dei Longobardi. Storia, memoria e diritto di un popolo germanico*, Milán, 1992 y KEHR, *Italia Pontificia*, cit., Berolini, 1913, n.1 (26.10.762), pp. 321-322